

Un lugar para el amor

Cecilia Soler

Analista. ceciliasoler@hotmail.com

Introducción

A lo largo de este texto se intentará mostrar algunas diferencias que pueden encontrarse en la obra que dejaron Sigmund Freud, inventor del psicoanálisis y Jacques Lacan, quien realizó una lectura cuidadosa de los textos del primero, llevando sus conceptos a un rigor que marca la práctica para todos los que nos dedicamos a ella.

El tema del amor ha estado desde un principio en primer plano para el psicoanálisis, es tema constante de la práctica de un analista: sus problemas, sus tropiezos, incluso su posibilidad o su imposibilidad. El psicoanálisis lo recibe desde sus comienzos sin juzgar la forma en que aparezca e intenta operar en ese campo, encontrando dificultades, cuestionamientos profundos y aprendizajes sorprendentes.

El amor en un análisis puede ser tanto el principal motor de la experiencia como su más fuerte obstáculo.

Vale la pena preguntarse si no funcionará de igual manera en otras actividades humanas, por ejemplo la educación y la filosofía, en cuyo desarrollo se puede encontrar de forma explícita o implícita el tema del amor en los más reconocidos filósofos de todos los tiempos.

Pensamos que eso hace válida la inclusión del texto presentado a continuación en esta publicación y esperamos que sea de interés para diversos lectores que podrían encontrar en él elementos para la reflexión y el cuestionamiento de sus prácticas.

Para Freud, el amor está encerrado en un circuito sin salida. En una pecera redonda y transparente.

El narcisismo.

Parte muy temprano de la autoconservación y ahí termina.

Si uno anda por esos textos buscando una salida, enloquecedoramente, fracasa.

Todo lleva a lo mismo.

Todo me lleva a mí. A mi Yo. Al narcisismo. Me encuentro siempre conmigo.

Las dos formas de elección de objetos que encuentra (de apoyo o narcisista) no se diferencian una de otra.

En la de apoyo alguien elige sus objetos sexuales de sus experiencias de satisfacción, de sus primeros cuidadores y protectores. En la narcisista según su propia persona. Como yo o como el que me cuida a mí.

Y así sigue, en el hijo se ama lo que yo no tuve, yo quise tener, ser, etc., el amor parental tan conmovedor no es más que la resurrección del narcisismo de los padres.

El ideal del Yo sustituye con el tiempo y la aceptación de las normas sociales al Yo de la niñez. Pone delante de él un ideal de perfección que sustituye al narcisismo perdido en el cual él mismo era su propio ideal.

Sigamos

Ante un amor imposible, la libido vuelve al Yo y se transforma otra vez en narcisismo como si fuera un amor dichoso, de igual forma que un amor dichoso real corresponde a la condición primaria donde la libido objetual y la libido del Yo no pueden diferenciarse.

Una pecera redonda y transparente donde sin embargo se puede vivir y se vive. A costa de que no haya otro jamás.

El Yo, enorme reservorio de libido del Yo y objetual, indistinguibles una de la otra como se ve más arriba, es como el hombre araña. De su reserva va sacando su telaraña en forma de la misma sustancia viscosa y pegajosa que forma el Yo, para cubrir el mundo con ella y sólo con ella.

Solamente por donde ella lo cubre existirá.

Nada fuera de ella es querible, amable, conocible, nada fuera de ella es propio.

No puede haber nada fuera. Ese afuera es siniestro.

La pecera podría agrietarse y eso es el fin.

Es mortal para el Yo.

ARTÍCULOS

Sólo que, a partir de Freud mismo, aunque él no encontrara la salida, nos mostró un camino, dejó señales para poder preguntarnos si que el Yo esté muerto será lo mismo que yo esté muerto.

A tantos años del estadio del espejo aún no se entiende lo que ahí está mostrado: que el Yo es otro y hay otro que es Yo.

Y me confundo alegre y tranquilamente en el espejismo, y me pierdo.

A más años aún del traqueteado “donde ello era yo debo advenir” aún no se escucha nada de eso tampoco.

Y aún menos los analistas.

Que por función y por origen están hechos de oreja privilegiada entre todas, para oír lo inaudito.

Lo no oído aún.

No quieren escuchar a ningún precio lo que hay para decir y ha de ser dicho y escuchado.

Quieren mantener al Otro sin tachadura, quieren su diccionario intacto, a cada palabra su significado, claro, único, sin confusiones, el de cada uno tomado por universal.

En buen y confiable diccionario aceptado.

Sin consecuencias para él y sus significados ya adquiridos, consolidados y sólidos.

Eso ni siquiera es leer a Freud, es ahorrarse la angustia, pero también la sorpresa y la locura que transmiten sus escritos si se los lee un poco ingenuamente, un poco sin tratar de entender la teoría.

Olvidarse el nombre de Signorelli en un tren lo lleva a franquear el desconocimiento de su propia muerte.

Él es el mismo Freud de Mas allá del Principio del Placer, el mismo de Eros y también de Tanatos. No hubiera llegado a donde llegó si se detenía ante ese significante perdido: Signorelli.

Dejarse llevar por el significante, en su experiencia, es la única vía para llegar a una verdad que le es a cada uno propia y ajena a la vez.

Dejarse llevar, pues.

Es el analista el que está en cuestión.

Cada vez que algo lo busca para realizarse.

Realizarse, por definición, es hacer reconocer su propia realidad, su propio deseo, hacerlo reconocer por sus semejantes los humanos, o sea, simbolizarla.

Escribir su realidad en el Otro. Meterse en lo que tiene de grieta, de hiancia, de vacío la barra que lo tacha, donde hay lugar para el sujeto.

Donde ello era yo debo advenir no quiere decir otra cosa. Hacerme cargo concientemente de ello, aceptar las consecuencias, y hacerlo reconocer por los otros.

Eso cambia inevitablemente al Otro.

Que el analista sea neutral no es siquiera algo que tenga que pedirle o que él tenga que sostener concientemente. Es lo que es por estructura. No se puede pedir menos ni otra cosa, él es un significante, eso es lo que es.

Cada caso lo incluirá a su modo en un texto en el que él cabe entre líneas.

Un texto que lo incluirá –ya que le está dedicado, y que él convoca al imponer la libre asociación– pero que incluyéndolo no quedará igual.

Algo se realizará, es de desear.

Si el analista está en condiciones de operar con la condición estructural de que para un analista todas las realidades son equivalentes.

Todas son realidades.

Y no se dice ni en principio, ni dentro de lo que cabe, ni nada más.

Para Freud, los sueños eran realidades cualesquiera, si puede decirse así.

Una anécdota realmente vivida, de la que se pudiera tener testigos confiables, no valía, en su diván, más que un sueño deshilachado, apenas recordado, del que un resto era la punta de una madeja que él seguía hasta el final, hasta encontrarle un sentido, el sentido del sueño; siempre un deseo.

No porque “la realidad” no exista. Porque lo que importa es el texto, eso hecho de palabras, significantes a significar, eso de lo que estamos hechos.

La realidad se escribe.

Los sueños si, pero los psicóticos no. La telaraña no cubría eso. Como la telaraña es el mundo, quedó por años y años la imposibilidad de atender esos casos mediante el psicoanálisis. La imposibilidad de Freud pasó como un límite del psicoanálisis.

El afuera de la pecera es salvaje.

El que se arriesga ahí tendrá que hacer reconocer su realidad por sus pares, realizar-la.

Un analista, como se comprenderá, no puede vivir en una pecera.

Jamás podría, desde ahí adentro, conducir a buen término un análisis que implicara reconocer una realidad de afuera de la pecera.

¿Buen término? El psicoanálisis ahí adentro es interminable.

Eso, exactamente, quiere decir que no se encuentra la salida.

Se la busca en el amor, y no está mal, ya que el amor nos metió ahí, que el amor nos saque.

El amor que aparece en el curso de un análisis, la señal de salida posible.

El amor de transferencia, la reedición de todos los moldes donde se preformatea el amor.

Ya que lo tenemos ahí, ni en ausencia ni en efigie sino vivo y coleccionando ¡y con qué fuerza! sería cosa de aprovecharlo para romper el encierro narcisista. Hasta parece hecho para eso. Parece delinear un otro afuera de la pecera.

Atrapado en las formas primitivas el amor busca su objeto. El Yo tira sus redes, sus telarañas, la laminilla freudiana.

Si pesca algo nuevo, eso comienza a no funcionar, no se sabe qué hacer

Por si había dudas de la forma de la pecera, Freud la dibuja con claridad en torno precisamente del amor:

“Resumiendo: no tenemos derecho alguno a negar al enamoramiento que surge en el tratamiento analítico, el carácter del auténtico”.

Si nos parece tan poco normal, ello se debe principalmente a que también el enamoramiento corriente, ajeno a la cura analítica, recuerda más bien los fenómenos anímicos anormales que los normales”, (eso ni quién lo discuta). “De todos modos, aparece caracterizado por algunos rasgos que le aseguran una posición especial”: (ah, tenemos esperanzas, parece que va a decir que el amor, si uno se analiza y se libera de los moldes infantiles, no es igual igual al que yo me tengo narcisísticamente, la pecera podría ser ovalada tal vez)

“1º Es provocado por la situación analítica. 2º Queda intensificado por la resistencia dominante en tal situación; y 3º Es menos prudente, más indiferente a sus consecuencias y más ciego en la estimación de la persona amada que otro cualquier enamoramiento normal. Pero no debemos tampoco olvidar que precisamente estos caracteres divergentes de lo normal constituyen el nódulo esencial de todo enamoramiento”.

Fin de las esperanzas. No hay diferencia alguna. La pecera es redonda y a nadar hasta la muerte en círculos.

Esta es, pues, hasta aquí, la forma del amor.

No es mi intención hacer teoría.

Sé bien que habría que hablar de tantas cosas, pulsiones y sus destinos, sexualidad... muerte...

Más bien es mostrar un encierro asfixiante del que algunos buscan la salida en el análisis.

Dirá Lacan que en análisis no se habla de otra cosa que de amor.

Muy temprano en los cincuentas, en un artículo escrito que rompe con el narcisismo de una manera inesperada, no desde adentro sino desde afuera, Lacan habla de amor y dice:

“En ese punto de juntura de la naturaleza con la cultura que la antropología de nuestros días escruta obstinadamente, sólo el psicoanálisis reconoce ese nudo de servidumbre imaginaria que el amor debe siempre volver a deshacer o cortar de tajo”.

ARTÍCULOS

Con el filo brutal de los cristales de la pecera rota, se abre otro lugar para el amor, un lugar abierto como una lengua viva, que cambia al recibir los efectos que produce.

Podrá parecer redonda otra vez y no lo es, puede ser circular pero no es recíproco. Es esencialmente desapareja esta relación.

En el lugar de la reserva de telarañas del Yo, listas a impregnar el mundo entero para tapanlo, aplanarlo, hacerlo igual al yo, hay una reserva de significantes listos para usar, para producir efectos de sujeto.

Una vez usados, ninguno quedará igual. Ni uno ni otro.

El amor desata, desanuda.

Rompe las servidumbres imaginarias.

Corta, como un hacha.

El hombre está hecho para eso. Está hecho de lenguaje vivo.

Es lo más vivo que tiene. Es su vida. Y su muerte.

No hay nada más tentador ni más aterrador a la vez que arriesgarse en un mundo fuera de lo que está cubierto por la telaraña, por la que lo estaba esperando a uno antes de nacer como telaraña de los padres, como la que uno armó a duras penas en las vueltas de la infancia.

Pero que no es del todo la que es.

Fuera.

Rota.

Desgarrada.

Abierta.

Todos los significados son posibles. Habrá unos para cada quien.

Tomar la transferencia como la reedición de los prototipos infantiles, tomarlos aquí y ahora, en presencia y no en efigie, con el analista, incluirlo

en ese texto, no va sin consecuencias. Si un saber se supone desde el principio un saber habrá al final.

Desplegar la telaraña así y ahí y con ese, apostar la vida a que se rompa y algo pueda ser distinto. Donde ello era... yo debo advenir...

Es evidente, o debería serlo, que en cuanto el Yo incluye al Ello o el Ello al Yo, ninguno de los dos sobrevive tal cual era.

Es una señal del camino pero no es la salida.

El psicoanálisis es interminable, y habrá que ir de vez en cuando a desempolvar la estantería, a aceitar la bisagra que otra vez se atora y se traba.

La telaraña podrá ser ahora más flexible y más transparente, pero no está rota.

La telaraña era tan placentera...

Todos los agujeros gozaban por ella...

Recubría todo, entraba y salía por los agujeros y permitía este intercambio con los objetos que se le ofrecían en el mundo.

¿Qué habrá fuera de ella? ¿Se podrá gozar de eso? ¿Cómo hacerlo sin ella?

Y ahora... esto... ¿dónde lo meto?

(Cualquier resonancia sexual para ¿dónde lo meto? es cierta para todos los sexos)

Tomar la transferencia como un saber supuesto a otro es la vuelta que faltaba para encontrarle la salida a la pecera.

Que otro sepa lo de uno, eso produce amor. Más aún, hasta donde estamos, es amor.

Pero no es el único amor.

Hay, es lo que se trata de decir de una vez, otro amor.

Uno distinto del amor de transferencia, distinguible absolutamente de ese.

La cultura, para quién puede usarlos, tiene hoyos para salir a respirar, como las focas en el hielo.

Amor es mucho más que hacerte el bien, dice un roquero, Charly García, retomando a Platón en el Banquete para ver, nomás, si ahora sí alguien escucha.

En amor real, dice también en otra parte, es como vivir en aeropuertos. Suena poco confortable, es cierto, pero es posible, existe para algunos como un lugar habitable, el amor real.

Cambiar, cambiar las leyes del amar, dice otro, Fito Páez, en *El amor después del amor*.

También se puede escuchar ahí, así nomás, que hay amor después del amor, no sólo como se escucharía normalmente, que hay un clavo que saca otro, un objeto que viene a sustituir al perdido en la ocasión, sino también, a la manera en que se escucha en análisis, que hay un amor que funciona de otra manera después del que uno conocía hasta entonces.

Yo me arriesgo en el lugar donde no hay supuesto saber, dice Lacan.

Nomás le falta la música para ser buen rock.

Me arriesgo afuera de la telaraña. Me arriesgo fuera de las leyes sancionadas, conocidas, sobadísimas, del amar normalmente aceptado tan a la fuerza.

Me arriesgo donde no soy.

Me arriesgo donde no entiendo, donde las cosas funcionan de maneras tan distintas a las que conozco, me arriesgo donde seré otro, me arriesgo porque quiero ¿qué?... saber.

Y saber sobre qué, se puede preguntar. Sobre el deseo.

Hay un saber posible en el amor fuera de lo que es transferencia en análisis.

Para el que se arriesga, claro, y sólo para esos.

Para el que deja su Yo en el borde y cruza el Rubicón, no hay nada asegurado para él ahí mas que la experiencia, y llegado hasta ese punto, sabe que va a saber.

Del otro lado del Rubicón las telarañas dan náuseas.

No, no y no, por favor, no me cubras con eso, grita todo. No me ves ahí abajo, no me veo, no se ve nada ahí.

No se puede volver a ser una mosca en la telaraña de otros. Como no se puede atrapar a nadie para verlo retorcerse atrapado en la telaraña de uno.

Nadie. Nunca más.

Parejas, hijos, amigos, la telaraña no pesca nada ahora. No recubre el mundo. No protege, no garantiza, no constriñe, no amordaza, no comprime.

Tampoco es que permite todo.

Es más interesante que eso.

Hay significantes que son para un sujeto y hay los que no lo son.

Si ustedes encuentran una piedra en el desierto cubierta de jeroglíficos, no dudarán que detrás hubo un sujeto para inscribirlos. Pero creer que cada signifiante se dirige a ustedes es un error, la prueba está en que no pueden entender nada de ellos, dice Lacan en el seminario 11.

Y eso es... a saber.

El único problema, como lo mostró Freud desde el principio, es que no se puede saber, desde que el inconsciente existe, no se puede saber... antes. Será *après-coup*, pero será.

No será el Yo, ese Yo, aquel Yo tan conocido, el que conduzca la experiencia de ese lado del Rubicón.

Será otro.

Porque, otro lado, hay. No es un más allá, sino le diríamos así los analistas. Es otro lado nomás. Afuera de la Matrix puede ser, pero concédase nos que no es tan insípido como el de la película.

El amor... es la conexidad entre dos saberes en tanto que ellos son irremediablemente distintos. Cuando eso se produce, constituye algo... totalmente privilegiado. Cuando se recubren –los dos saberes inconscientes– esto constituye una sucia mezcolanza. Lacan y el amor en donde los incautos no erran.

Los incautos, linda gente, un poco despistados siempre... demasiado crédulos y confiados, si hasta parecen vivir en otro mundo.

Los incautos así, un poco distraídos y fuera de este mundo, reconocerán a otros por distintos que sean sin tanto esfuerzo, fácilmente digamos. Porque no los están buscando, digamos. No están buscando nada, digamos.

Ellos más bien encuentran.

Andan por ahí. Erran...tes. Como si otra cosa los guiara, algo distinto de la conciencia común, del pagar la luz, el seguro médico, la fidelidad y las cuotas de la tarjeta de crédito.

Linda gente pero difícil para interactuar.

No parecen hablar el mismo idioma.

Pero tranquiliza estar con ellos. Es como si mostraran que hay otra cosa que organiza el vivir.

Por un rato uno se puede mudar ahí y olvidarse de la tarjeta y la luz.

No se mezclan con uno ni se separan.

Están. Nomás.

Si se los necesita se los encuentra. Sino no molestan para nada.

Viven en su mundo sin tratar de cambiar el de los demás, de hacerlos a todos iguales, sin mezcolanzas digamos.

A menos que, claro, se los requiera y se los busque (porque hay quienes buscan). Se los encuentra, siempre, siempre que se los busque incautamente, claro. Sin saber bien del todo para qué los quiere uno.

Si se los busca abierto a que, encontrados ellos, los incautos voladores, uno se enterará, después, para qué los quería.

Es que ellos... pero... ¿cómo harán eso? Ellos viven así.

Y así viviendo, visto desde afuera parecería que al azar, encuentran cosas, incluso el amor.

Y Lacan dirá que la respuesta a como un hombre ama a una mujer (así, de a uno por uno) es: por azar.

Aunque no del todo, sigue diciendo, visto desde un lado es por azar, visto desde el otro lado es dejándose llevar por los efectos de los significantes en el inconsciente. Por ese saber a saber... se.

Esos de los que uno, yo, no sabe nada. Esos que hablan en los sueños, nos hablan, esos de los síntomas, esos de los buenos verdaderos fallidos, esos, los de cada uno. La verdad habla así.

La poesía habla, y así nos habla, nunca del todo, nunca entendemos todos lo mismo ahí, qué se le va a hacer.

Y la música. Y otras cosas aún.

Agujeros en la cultura para salir a respirar, para hacerse reconocer de otra manera y hacer reconocer otras cosas que aún distintas, existen y de pleno derecho, pero falta que se hagan reconocer, se realicen decíamos.

Y ahora si, terminando.

El final no puede más que volver al principio pero distinto, porque las vueltas producen, siempre que hay analista involucrado, una pequeña diferencia en el circuito.

De la pecera redonda a un universo que no será infinito (no lo es en absoluto) pero está abierto. Abierto a saber la verdad sobre cada uno, amor mediante, todo el tiempo, si y sólo si cada uno se deja llevar sin saber del todo bien a dónde.

Será un poco solitario a veces, es cierto. Pero la posibilidad de compañía privilegiada, esa que no está tratando de atrapar a otros como una mosca para ver luego como se retuercen años y años en su tela, es buena razón para probar.

Dijimos más arriba, como al pasar, si hay analista involucrado en las vueltas.

El análisis se inventó para eso, justamente, exactamente. Él mismo, el análisis, serruchó palabra por palabra, acto por acto, su lugar en la cultura. No fue sin sufrimiento, ni para Freud ni para Lacan, ni para cada analista que se arriesga ahí.

Para sacar de la hipnosis a los que quieran despertar, para romper la pecera, para poder vivir en aeropuertos si en verdad es lo de lo que se trata.

Inhóspitos aeropuertos que para algunos son más respirables que el confort de un hotel de gran turismo. Aeropuertos en los que, entre el ir y venir de tantos, puede producirse un encuentro verdadero de dos que ni siquiera quedaron en una cita.

Si, el análisis se inventó para eso pero no siempre sus herramientas, los simples analistas, su medio, están a la altura de lo que les toca.

Habrá que trabajar aún en eso, tanto como haga falta, porque es lo que está ahí para ser usado así y para eso.

La noticia nos la dice Lacan, con el tono trágico que corresponde siendo él como es, un analista.

Y decirlo es un acto de amor. Otro amor.

Abreviando. Hay algo que a pesar de todo se realiza, algo que se puede encontrar escrito por adelantado. Dije que de todas formas, aún si los psicoanalistas no quieren estar, a ningún precio, a la altura de lo que tienen a su cargo, no por eso lo que tienen a su cargo existe menos ni dejará de hacer sentir sus efectos –primera parte de mis proposiciones, ¿estamos?– y será necesario que haya gente que trate de estar a la altura de cierto tipo de efectos que son los que de algún modo estaban allí ofrecidos y predestinados a ser tratados en cierto marco; si no son aquellos serán forzosamente otros, porque cuando los efectos se hacen un poco insistentes, hay que darse cuenta a pesar de todo de que están allí y tratar de operar en su campo.

Les he dicho esto así nomás, para que no se hayan molestado para no escuchar nada.

LACAN, Jacques. El acto psicoanalítico. Seminario 15. Versión inédita.

Conclusión

El psicoanálisis, desde sus comienzos mismos, abre el camino a las diferencias, a construir las diferencias posibles y hacerlas viables en la realidad.

Se ha intentado aquí mostrar los dos caminos que se abren a partir de los autores mencionados, distintas en su destino final.

El objeto de amor narcisista hace iguales, produce identificaciones ideales según un modelo fijo construido desde la infancia. Esto permite ciertos movimientos a la vez que excluye otros. Y excluye a otros, distintos de lo que se espera o se reconoce como posible objeto de amor.

El objeto de amor que constituye la aportación de Lacan al psicoanálisis (llamado por él objeto a) abre una vía posible para hacer aparecer lo distinto, la diferencia irreductible con el otro. Es función de un analista producir ese efecto.

La educación surgió desde la filosofía como una posibilidad de hacer pensar a cada uno. Los grandes maestros buscaban eso en sus mejores discípulos.

Así como el psicoanálisis está siempre en riesgo de olvidar sus deberes y su función, la actual pedagogía también vacila en ese borde entre hacer iguales o construir diferencias.

Habrá mucho que trabajar para esa tarea. ▲

Bibliografía

- FREUD, Sigmund. Obras Completas, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- . *Introducción al Narcisismo*, Tomo II, 1914.
 - . *La interpretación de los sueños*, Tomo I, 1900.
 - . *Observaciones sobre el "Amor de transferencia"*, Tomo II. 1914.
 - . *Psicopatología de la vida cotidiana*, Tomo I, 1900-1901.
- LACAN, Jacques. Escritos I. *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Siglo XXI Editores. México, 1949 (1995).
- . *El simbólico, el imaginario y el real (SIR)*. Texto establecido de la conferencia inaugural pronunciada por Jacques Lacan el 8 de julio de 1953 (texto inédito).
 - . Seminario 11: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. Buenos Aires, Argentina, 1964 (1975).
 - . Seminario 15: *El acto psicoanalítico*, impreso por *Discurso Freudiano*. Buenos Aires, Argentina (texto inédito), 1967-1968.
 - . Seminario 20: *Aún*. Paidós, Barcelona, 1972-1973.
 - . Seminario 21: *Los nombres del padre o los no incautos yerran* (texto inédito). Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1974.